

Mateo 4:1-11

Practicando el Camino: las Escrituras

Reverendo Brian North

Iglesia Rose Hill, Kirkland, WA

9 de febrero de 2025

Esta mañana continuamos la serie de sermones que comenzamos a principios de 2025, analizando las prácticas espirituales, o disciplinas, de Jesús. Hasta ahora, hemos analizado:

1. El sábado
2. La oración
3. El ayuno
4. La soledad
5. La generosidad (simplicidad)

Y hoy es “Las Escrituras”. De ahora en adelante, analizaremos “Comunidad”, “Servicio” y “Testigo”.

Por lo tanto, cuando se trata de las Escrituras, leerlas es probablemente, junto con la oración, la disciplina espiritual más común para los seguidores de Jesús. Muchos de nosotros en la sala nos relacionamos con las Escrituras a diario. Para otros, es unas cuantas veces a la semana. Pero, como todas las prácticas que estamos viendo, el objetivo de participar en la práctica regular de leer las Escrituras no es simplemente abrir nuestras Biblias, o una aplicación de la Biblia en nuestros teléfonos, y marcar una casilla llamada “Leer la Biblia hoy”. Tal vez a veces tengamos problemas con eso y tengamos esa “mentalidad de marcar casillas”. Así que recurramos a la palabra de Dios y veamos si podemos encontrar algo de inspiración en Jesús para leer las Escrituras por otras razones que no sean simplemente “porque es lo que se supone que debo hacer”. Hoy estamos en Mateo 4, versículos 1-11. Es un pasaje que probablemente nos resulte familiar a muchos de nosotros, y lo analizamos brevemente en otras ocasiones en esta serie también, cuando analizamos el ayuno y la soledad. Pero hoy nos centraremos en él, y luego lo usaremos como un trampolín para analizar el papel de la lectura de las Escrituras en nuestro aprendizaje con Jesús. Así que, esta es la palabra de Dios para ti y para mí hoy: Mateo 4:1-11.

Así, este es el famoso ayuno de 40 días de Jesús en el desierto, donde es tentado por el diablo tres veces. Como hablamos hace un par de semanas, el tiempo de soledad en el desierto no es un lugar de debilidad para Jesús, aunque podríamos pensarlo así dado el ataque del diablo en su contra. En cambio, la soledad y el tiempo en el desierto son un lugar de fortaleza guiado por el Espíritu Santo. Es donde Jesús se vuelve a centrar con su Padre celestial.

Y vemos que: La pieza central de la fortaleza de Jesús –lo que le permite resistir las tentaciones que se le presentan– es su conocimiento de las Escrituras. En tres ocasiones distintas, cita el Antiguo Testamento. Para un judío del primer siglo, eso era la Escritura. Como seguidores de Jesús, obviamente incluimos el Nuevo Testamento. Si bien la confianza en las Escrituras se ve en el hecho de que citó las Escrituras tres veces para resistir la tentación, la primera es especialmente útil para nosotros hoy: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Es una cita de Deuteronomio 8, parte de una

enseñanza de Moisés al pueblo de Israel para que aprendieran lecciones de sus 40 años de peregrinación en el desierto: Dios les proveyó alimento físico, pero es el alimento espiritual de su palabra lo que necesitamos a un nivel más profundo. Ese es el punto de la enseñanza en Deuteronomio, y es el punto que Jesús reitera aquí en su resistencia a la tentación cuando lo cita, y luego cita dos versículos más después también.

El papel de la Escritura en la vida de Jesús es central, no solo en este pasaje, sino en los cuatro relatos biográficos de su vida que tenemos, y que conocemos como los evangelios. De la vida de Jesús y su relación con la Escritura obtenemos mucha información sobre la suficiencia de la Escritura para conocer a Dios, y también vemos de él la disciplina de leer, estudiar, conocer y aplicar las verdades y principios de la Escritura a nuestras propias vidas. En resumen, estas son algunas de las ocasiones en las que Jesús citó o hizo referencia a las Escrituras, o las afirmó, además de las tres que aparecen en el pasaje de hoy:

En Mateo 5:17-20 Jesús afirma explícitamente la importancia del Antiguo Testamento, en particular la Ley y los Profetas. Dice: “No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles cumplimiento” (Mateo 5:17). Aquí, Jesús demuestra su reverencia por las Escrituras y posiciona su enseñanza en continuidad con la Ley y los Profetas, y se posiciona a sí mismo como un cumplimiento de ellos. Esto no significa que ahora los ignoremos, sino que los abordamos a través de la lente del cumplimiento de Jesús de ellos.

Otro punto, que tal vez sea una extensión del punto anterior sobre su enseñanza en continuidad con la Ley y con las Escrituras, es uno que encontramos en Mateo 7:24, al final del Sermón del Monte. Aquí Jesús ha estado enseñando sobre principios del Antiguo Testamento, y dice: “Por tanto, cualquiera que me oye estas palabras y las pone en práctica, le compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca” (Mateo 7:24). Aquí Jesús está equiparando su enseñanza con las Escrituras: es su enseñanza la que les implora que pongan en práctica, no la enseñanza de lo que ya llamaban Escritura. Al hacer esto, equipara su palabra con la palabra de Dios ya establecida en las Escrituras del Antiguo Testamento, y afirma ser igual a Dios. Está diciendo que su palabra también es la palabra de Dios. Es una gota de la m ic, momento, seguro.

Luego, en la sinagoga de Nazaret, Jesús lee del rollo del profeta Isaías (Isaías 61:1-2). Lee un pasaje sobre el Mesías que trae buenas noticias a los pobres, proclama la libertad a los prisioneros y da vista a los ciegos. Después de leer, Jesús declara: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lucas 4:21), identificándose a sí mismo como el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento.

Más tarde, cuando un fariseo le pide que identifique el mandamiento más grande, Jesús responde citando el Antiguo Testamento, dando una respuesta en dos partes. Cita Deuteronomio 6:5, “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” y Levítico 19:18, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Dice que toda la ley se resume esencialmente en estos dos mandamientos. El hombre pidió una respuesta, pero Jesús

le da una bonificación: dos por el precio de una. En esta respuesta, demuestra tanto su conocimiento de las Escrituras como su creencia en su autoridad.

Mientras Jesús cuelga de la cruz, clama: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mateo 27:46; Marcos 15:34). Esta es una cita directa del Salmo 22:1, un salmo mesiánico. Al citar este pasaje, Jesús demuestra su identificación con el siervo sufriente descrito en los Salmos y refuerza la conexión entre su muerte y la profecía del Antiguo Testamento.

Incluso después de su resurrección vemos a Jesús recurriendo a las Escrituras. En Lucas 24:27, Jesús enseña a los discípulos en el camino a Emaús: “Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que de él decían en todas las Escrituras” (Lucas 24:27). Esto revela que Jesús ve el Antiguo Testamento como algo que en última instancia lo señala a él, y no es que esto no haya sido aclarado por él también en otras ocasiones.

Como si eso no fuera suficiente, hay 11 veces en Mateo, y varias de ellas se repiten también en Marcos y Lucas, donde Jesús enseña: “¿No habéis leído...” o “¿No habéis oído...” y luego hace referencia o cita las Escrituras. Podríamos preguntarnos sobre el evangelio de Juan: en Juan, hay dos veces en las que dice: “¿No está escrito...?” y luego cita el Antiguo Testamento. Y luego hay otras referencias, como Juan 5:39-40: “Ustedes escudriñan las Escrituras porque piensan que en ellas tienen la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí, pero no quieren venir a mí para que tengan vida” (Juan 5:39-40). Aquí, Jesús declara directamente que el Antiguo Testamento da testimonio de él, desafiando el fracaso de los líderes judíos en reconocerlo como el cumplimiento de las Escrituras.

Y luego está Juan 7:19: “¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros la cumple? ¿Por qué procuráis matarme?” (Juan 7:19). Aquí, Jesús da una reprimenda mordaz a los líderes religiosos por su hipocresía, donde apela a los escritos de Moisés como autoridad no sólo en principio, sino en realidad. Por ejemplo, amar a Dios y amar al prójimo como a uno mismo: hay que hacerlo de verdad, no sólo decir que lo haces o actuar como si fuera realmente así como deberían vivir otras personas, pero no yo, o no nosotros.

Ahora bien, en este punto puede que estés pensando: “¡Buenas noches, pastor Brian! ¡Lo entendemos! Jesús conocía sus Escrituras y las citaba todo el tiempo para su propio viaje espiritual, así como para el de los demás, y para afirmar su posición no sólo como rabino sino como divino, como el salvador, el Mesías. Lo entendemos. ¿Cuál es el punto?” A eso yo diría: “Ese es el punto”. Porque como aprendices de Jesús, necesitamos conocer a Jesús. Necesitamos saber qué enseñó, cómo vivió, qué hizo –desde su nacimiento hasta su muerte y resurrección y más allá– y cómo todo esto se relaciona con las Escrituras –no sólo el Antiguo Testamento, sino también el Nuevo Testamento, porque nace de su vida y sus enseñanzas–. Así que, permítanme llegar al punto de la aplicación práctica para nosotros.

Y, en realidad, hay cinco puntos. No estoy seguro de haber predicado alguna vez un sermón de cinco puntos, pero supongo que hay una primera vez para todo –como tal vez Kansas City no gane el Super Bowl hoy también:

1. Comprométase a conocer y memorizar las Escrituras – La capacidad de Jesús de citar las Escrituras en la tentación, como leemos hoy, y a lo largo de su vida en otros entornos, nos enseña la importancia de tener la Palabra de Dios almacenada en nuestros corazones. El compromiso un día a la semana, los domingos, no es suficiente. Y, por cierto, con Jesús como nuestro modelo, está bien no saber el capítulo y versículo exactos de todo. Hasta donde yo sé, Jesús nunca nombra el libro, capítulo o versículo de ninguna cita de las Escrituras. Solo dice: “está escrito...” o “habéis leído...” o algo así.
2. Interpreta las Escrituras cristológicamente: evita leer el Antiguo Testamento, o el Nuevo Testamento, simplemente como lecciones morales, sino para ver cómo apuntan a Jesús. Esto es exactamente lo que hizo Jesús, así que ¿por qué no lo haríamos nosotros?
3. Usa las Escrituras como tu máxima autoridad: al igual que Jesús, resiste la tentación y toma decisiones basadas en lo que Dios ha dicho, no en las presiones sociales. Por lo tanto, prueba las ideas culturales y las prácticas.
4. Rechaza las malas interpretaciones y las enseñanzas falsas. Jesús corrigió a los líderes religiosos de la época, mostrando la necesidad de precisión teológica y bíblica. De hecho, corrige al diablo en el pasaje de hoy, porque usa mal un versículo. Si simplemente elige un versículo, o parte de un versículo, puede hacer que la Biblia diga lo que quiera. Por lo tanto, debemos asegurarnos de corregir las enseñanzas que no tienen base. En nuestro propio corazón y mente, como mínimo, debemos corregir los usos incorrectos, las malas interpretaciones y las enseñanzas falsas de los demás. La gente citará, aplicará e interpretará mal las Escrituras todo el tiempo. Y si no sabemos lo que realmente dice la Escritura, es difícil corregir a las personas que la usan mal. Por cierto, parte del mal uso de las Escrituras es usar un versículo para justificar una forma de pensar o comportarse, e ignorar lo que el resto de las Escrituras dice sobre el tema. Por lo tanto, cuando escuche a alguien decir: “La Biblia dice...” o “Jesús dijo...” o “Los cristianos estarán familiarizados con esto...”, asegúrese de que estén citando correctamente o parafraseando de una manera que refleje con precisión lo que las Escrituras realmente dicen, y que también se tenga en cuenta el contexto más amplio de las Escrituras. Por último... (se superpone con el punto 2)
5. Vea el Antiguo y el Nuevo Testamento como una historia unificada: Jesús afirmó que el Antiguo Testamento es relevante y autoritario, y que se cumple en sí mismo. Es el mismo Dios que es el Dios del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Por lo tanto, lea toda la Biblia a la luz del Evangelio en lugar de ver el Antiguo Testamento como algo obsoleto.

En su libro *Practicando el Camino*, John Mark Comer escribe: “La Escritura es la forma principal en que somos ‘transformados por la renovación de nuestra mente’ [Romanos 12:2]. A medida que pensamos los pensamientos de Dios después de él, comenzamos a desarrollar la “mente de Cristo” [1 Corintios 2:16]. Comenzamos a ver el mundo como él lo ve. Pensamos como él piensa. Sentimos lo que él siente” (*Practicing The Way*, p. 186).

Verá, leer nuestras Biblias no es solo una cuestión de conocimiento intelectual. No se trata de hacerlo para que Dios haga algo por nosotros. Esa es la peor clase de relación con Dios: como si fuera transaccional. Leemos las Escrituras para conocer a Jesús; para vivir más como él; para que él pueda hacer algo en nosotros y a través de nosotros... no para nosotros... para que seamos transformados y conformados cada vez más a la imagen y semejanza de Jesucristo.

Queremos que las Escrituras penetren en nuestros corazones, en lo más profundo de nuestro ser, para que estemos cerca de Jesús y nuestras vidas se parezcan a las suyas... para que sigamos su camino según nos guíe el Espíritu, y vivamos con amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio, que son el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-23). Para que estemos llenos de gracia y verdad como lo estuvo Jesús. Todo eso es lo que significa ser un discípulo, un aprendiz de Jesús.

Y ese es el objetivo de leer las Escrituras: no es solo marcar una casilla. Hay un propósito en ellas que vemos en la vida de Jesús. Y ese propósito es ayudarnos a avanzar en el camino del aprendizaje de Jesús. Para crecer. Para madurar. Para volvernos más como Cristo con el transcurso del tiempo. Así que, tómate un tiempo para leer la Palabra de Dios. Unos pocos versículos al día. Diablos, lee los mismos versículos todos los días durante una semana si es necesario. O incluso un solo versículo. Reflexiona sobre Su palabra, deja que penetre en ti. Estúdiala. Lucha con ella. Conócela, en tu cabeza y en tu corazón. Vívela. Al hacer eso, tú y yo comenzaremos a pensar, vivir, actuar y simplemente ser más como Jesús... lo cual no solo será bueno para cada uno de nosotros, sino también para los demás, ya que impactaremos a las personas en nuestras vidas de la misma manera que lo hizo Jesús, guiando a las personas hacia él. Oremos... Amén.